hacia la puerta, en donde yo había quedado como una estátua de rígido y frío.

No sé como expuse la invitación de Doña Eulalia; no sé qué me contestó el Coronel, aunque recuerdo que se inclinó delante de mí toscamente tres ó cuatro veces. Saludé y di dos pasos atrás ocultándome del Coronel, y desde el corredor dirigí una mirada á Remedios que debe de haber brillado con fulgores infernales, si es que asomó á mis ojos algo de lo que sentía en el corazón.

IX

Tonterías.

VAGUÉ por las calles de la ciudad al acaso y sin advertencia de lo que hacía; en tanto que en mi mente se sucedían en confusión y con rapidez extraordinaria los pensamientos más extraños y las más tristes imaginaciones. Sin darme cuenta de ello, un nudo me apretaba la garganta, y sentía yo necesidad de llorar, de gritar ó de cometer un desatino cualquiera con el primer tran-

seunte que encontrara al paso; respiraba yo con toda la fuerza de mis pulmones; andaba á prisa y agitaba los brazos más de lo natural; medidas todas á que se acude por instinto, cuando se quiere reprimir una pasión próxima á desahogarse en lágrimas ó de otro modo cualquiera.

No sé á qué hora dí con mi cuerpo en el vacilante y movible catre, mudo testigo de mis ensueños y esperanzas; pero sé decir que allí, envuelta la cabeza en la almohada, tanto pensé y tan confusamente en una hora, que pude darme cuenta de lo que pasa en la descompuesta imaginación de un loco.

¿Que había pasado? Nada en verdad. El viejo aquél estaba sentado junto á Remedios y hablaba con ella. ¿Cómo estaban sentados? Pues estaba la niña en el sofá y él en un sillón, bastante cerca. Vaqueril inclinada la cabeza, sonreia de un modo que él quería mostrar dulce; ella se puso en pié al parecer asustada. Ya sabía yo que había de asustarse al verme en su casa; nada tenía eso de particular. Pues esto no era cosa para mucho. Sin embargo, yo había sentido un movimiento interior de repugnancia, de aversión y desamor, y le seguía sintiendo con igual ó mayor fuerza. Remedios no era ya la misma para mí, ni podía serlo nunca; el polvo de la calle entrando por los balcones, había opacado sus relucientes cabellos y oscurecido la limpidez de su frente. ¡Qué me importaba que no tuviera ella la culpa!

No puedo explicarme, porque el lenguaje es obra vulgar que no tiene medio para decir sino lo que todos sienten, y habría yo menester sobre doscientas palabras que no existen en diccionario ninguno; pero si me es dado acudir al lenguaje de la poesía, encanallado ya entre los copleros, diré que Remedios era para mí un ángel á quien habían arrancado las alas para convertirle en mujer. Yo no había aprendido el amor en novelas románticas, sino en los ojos de Remedios y en la delicada sencillez de mi corazón; y aquel amor tenía los propios caracteres de la tierra en que naciera, único elemento de poesía en que mi imaginación inculta podía buscar el adorno y embellecimiento del ser amado. Llevaba yo en el corazón todo el fuego de la

tierra caliente, y mi dulce niña me parecía una azucena del campo, de esas blancas y púdicas flores que abren su broche al perderse el último rayo de sol en las cumbres de las montañas de oriente, y le cierran al alba, como temerosas de ser sorprendidas por el astro del día. Me parecía otras veces una exhalación de verano, meteoro pasajero que huye por no deslumbrar, dejando una huella luminosa y efímera; y mirando el cielo de la noche salpicado de estrellas, buscaba yo como su propia imágen, la más pequeñita, la menos brillante, la que parecía querer ocultarse detrás de las otras para no dejarse ver del mundo.

De repente todo esto se desvanece, y Remedios se presenta á mis ojos como simple mujer, merced á un vejete loco que se encarga de demostrarme que he sido poeta sin saberlo, y sobre poeta, soñador rematado. Como si vagando embebecido por los bosques vírgenes de mi tierra, escuchando el rumor de los arroyos y el canto de los pájaros, aspirando el aroma de las flores silvestres y gozando de la sombra de los cedros y las cao-

bas, súbitamente se tornasen aquellas poéticas soledades calle de populosa ciudad, cruzada de coches de alquiler, vendedores de periódicos y carros de mercancías; como si un ramillete de azucenas se trocase en mis manos en billete de lotería; así fué para mi alma aquella repentina transformación, no debida á Remedios, sino á mí mismo; pero que no era por esto menos dolorosa sin duda.

Ya avanzada la noche, abrí mi baul y saqué de él una cajita en que mi madre solía guardar sus pobres alhajas, y que entonces encerraba las mías; aseguré la puerta de mi cuarto, puse la luz á la cabecera, me eché en el catre, y revisé mi tesoro, como debe de ver el suyo el tenedor de billetes de un banco que acaba de quebrar.

Una flor seca. ¡Parece que conserva aún el aroma del primér día! Paseando á orillas del arroyo de San Martín, cogióla Remedios y la prendió en los cabellos de mi madre: yo la tomé después y la guardé cuidadosamente. Todavía entonces ignoraba ó sólo adivinaba la joven cuánto la quería yo. Despues

una hoja de un libro de oraciones: es la que yo arranqué del de Remedios, aquel día que la ví llorar en la iglesia del pueblo. Cuando más tarde le dije que yo la había guardado, tomándola, después de la misa, en su propia casa, adonde fuí con un pretexto, se rió y me llamó tonto. Por más que ella lo niegue, estoy seguro de que esta fué la hoja en que cayeron sus lágrimas.

¡Una cinta roja! Se le cayó de la cabeza un día que estaba en cabello después del baño. Ya nos entendiamos; me exigió que se la volviera pero yo no accedí y la guardé; mas como pusiera semblante de verdadero desagrado, tomóla aún mayor el mio y devolví la cinta sin decir palabra. La niña me miró con ojos de aflicción y cariño, y me dijo con voz dulce, bajando los ojos: "Quédate con ella."

Algunas cartas. Bien pocas son y las sé de memoria, hasta con una que otra falta de ortografía en que incurrió la esmerada pluma que pintó cuidadosamente esos finos perfiles.

Después un pañuelo. Es el mío, el que me sirvió aquella noche horrenda y hermosa

á la vez, en que la saqué de San Bonifacio, para vendar la herida que recibió en el brazo izquierdo. Me acuerdo muy bien del arroyo en que nos detuvimos, de su desmayo, y aunque trato de evitarlo, me acuerdo también de su hombro desnudo, redondo y turgente. ¡Ah, si entonces nos hubiera atravezado á los dos la misma bala! Estas manchas negruzcas son de su sangre, de aquella sangre que yo habría enjugado de rodillas con mis labios.....!

Lo último del tesoro es un cuadrito de raso bordado de oro y pendiente de un cordón de seda. Es un escapulario...! Dos tenía mi madre sobre el pecho al rendir el alma á Dios. Uno se fué con ella como prenda de la que ya tenía por hija y por consuelo único mío; el otro es este que yo guardé como recuerdo de mi madre y de Remedios que le había enviado los dos, como la medicina postrera y para preservación del alma.....!

Cerré los ojos inundados en lágrimas, dejé caer la cabeza en la almohada, oprimiendo con mis labios el escapulario, y algo pasó en

mi cerebro que no ha pasado jamás! No sé cuánto tiempo pasó; no sé tampoco....

¿Pero qué tiene que ver todo esto con la gran ciencia de que he ofrecido tratar? Perdone el lector que así me detenga en bagatelas que no pueden interesarle. ¡Está visto que no puedo hablar de Remedios sin desbarrar lastimosamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

La mútualista.

EL aborrecimiento que cobré á Vaqueril desde aquél día, sólo puede compararse al que gradualmente me fué inspirando Miguel, si no en naturaleza, sí en intensidad. No acierto á explicarme por qué la honradez del amor de éste á la pedreña, su pureza y su fogosidad, me causaba tan vivo encono como la afición torpe y grosera del elevado funcionario; y aunque á pesar de todo, Miguel no me parecía repugnan-